

CARTA ABIERTA

Invitado por la T. U. I., a través de Ultramar Express, he participado, en compañía de mi esposa, en un delicioso crucero por Argelia, Marruecos y Andalucía, del cual guardaremos inolvidable recuerdo por las atenciones recibidas, por los nuevos ambientes conocidos y por las reparadoras vacaciones disfrutadas, completamente aislados del mundo. La perfecta organización alemana, el exquisito trato italiano y la alegre compañía española se aunaron para proporcionarnos una semana ideal y un relax completo, servido con las máximas comodidades. De las impresiones recogidas habrá tiempo y espacio para hablar, hoy me interesa contarles el final, para mi sumamente penoso, como un estacazo para despertarme del sueño vivido estos siete días y recordarnos que no existe la felicidad humana completa, que la vida es un continuo contraste, una constante sucesión de penas y alegrías.

El sábado, a primeras horas de la mañana, llegó a Palma la lujosa motonave italiana "Anna C" a bordo de la cual tanto habíamos disfrutado y a mediodía llegábamos de nuevo a Mahón en avión. Ya en casa, nos dijeron que durante la ausencia me habían concedido una medalla, lo cual me extrañó muchísimo porque no sabía de donde podía venir, pero la verdad, me lo creí como ustedes lo creerían al publicarlo el lunes pasado en estas páginas.

Después de comer me llamaron de la Redacción para darme la bienvenida y felicitarme y fue cuando aproveché la ocasión para decirles que me remitiesen la comunicación por la cual se habían enterado de la noticia, contestándome que ellos suponían que yo tenía el telegrama en mi poder, ya que se habían basado para dar la información en un recado telefónico, recibido en el Diario, participando el texto de un telegrama que yo había recibido. Entonces me di cuenta de la confusión que había ocasionado un error que pasará a la historia del periodismo.

El sábado anterior, día de la marcha para el crucero, al ir a salir de casa me encontré en la entrada a mi entrañable amigo Francisco Buils Nuza, el cual, sin cruzar palabra, me dió a leer un telegrama que acababa de recibir en el cual el Ministro de Trabajo le comunicaba la concesión de la Medalla al Mérito en el Trabajo. Sentí una gran alegría porque Buils es una de las personas que más quiero y admiro y tras felicitarle le dije que había que publicar la noticia en el Diario con todos los honores como él merecía y como yo no podía hacerlo porque marchaba de viaje fuese él mismo a la Redacción con el telegrama. Como le ví indeciso y temí que no lo hiciese, cogí de nuevo el telegrama, subí hasta el teléfono y llamé al Diario para decirles que Buils había recibido la comunicación cuyo texto íntegro les dicté y que publicasen la noticia con el correspondiente comentario en la edición del lunes. El que recibió el recado no lo comprendió bien y creyó que era yo quien había recibido el telegrama, dando origen a la lamentable confusión de la cual nadie se ha dado cuenta hasta que yo he regresado a Mahón.

El hecho me anonadó de tal manera que ayer no salí más que para ir a misa, porque la gente me paraba para felicitarme y a todos tenía que repetir, cargado de vergüenza, esta larga explicación.

En el fondo estoy contento de haber sido yo la víctima de este error que me habrá servido de expiación de los errores cometidos con otras personas en mi labor periodística y dará a comprender a muchos, lo fácil que es equivocarse escribiendo en los periódicos, ya que el periodista está sujeto a error como el médico, el contable o cualquier otro y muchas veces no tiene tiempo ni pruebas para darse cuenta del mismo.

Pocas condecoraciones habrá concedido más justas que esta Medalla al Mérito en el Trabajo otorgada por el Gobierno a Francisco Buils, modelo de caballeros, ejemplo de cristiano, compañero entrañable y trabajador infatigable, fiel a la empresa y dispuesto siempre a servir a los demás. Amigo íntimo de mi padre, desde niño he admirado sus sólidas virtudes que he intentado imitar sin conseguirlo. Sus arraigadas convicciones, mantenidas con firmeza tanto en la adversidad como en los tiempos favorables, han dado un testimonio no superable y sobre todo su sincera humildad e inmenso amor al prójimo hasta el sacrificio, constituyen, en estos tiempos de exacerbado egoísmo y afán de comodidad, unos valores humanos que merecen destacarse y pregonarse, para bien de todos.

Reciba Francisco Buils nuestra cordial felicitación y los vehementes deseos de que Dios le conceda poder disfrutar muchos años de la paz que proporciona el deber cumplido y el bien derramado.